

Luis Barraquer-Roviralta

Como hombre, como médico y como neurólogo

JOAQUÍN GUITER

Antiguo Médico Ayudante del Servicio de Neurología
de Hospital de la Santa Cruz de Barcelona

Quisiera poseer en estos momentos la galanura de estilo y la pulcritud de exposición del mejor de nuestros prosistas, para exponer con toda claridad, corrección y elegancia las dotes que adornaban y personificaban a nuestro estimado maestro y amigo, el Ilmo. Sr. Dr. D. LUIS BARRAQUER-ROVIRALTA (q. G. g.), precursor y fundador de la especialidad neurológica de nuestro país, y —permitidme la frase— profeta del alcance y situación cumbre que había de ocupar dentro de la Medicina nuestra especialidad.

Aceptad, os ruego, estas mal trazadas líneas, escritas con todo el afecto que mi corazón siente por el desaparecido caballero, profesor y eminente neurólogo.

El Dr. D. LUIS BARRAQUER-ROVIRALTA nació en Barcelona en el año 1855, de ilustres padres catalanes, los cuales pudieron contemplar con orgullo ocupar altos sitios en Religión, Ciencias Médicas, Milicia y Familia a sus ocho hijos.

Mi amistad con el Dr. BARRAQUER se inició en fecha muy lejana ya, en 1909, y perduró firme hasta su muerte.

Por mis años de permanencia a su lado, puedo atestiguar como el Dr. BARRAQUER evidenció toda su vida aquellas cualidades científicas y morales que distinguen a las personas eminentes y hacen agradable su convivencia. Nunca, en absoluto, pudimos apreciar en él una frase ni un gesto descompuesto que pudiera ser motivo de desagrado o molestia para sus interlocutores, y sobre todo con sus compañeros profesionales, ayudantes o internos, guardó

siempre toda clase de consideraciones, sin hacer gala nunca de su superior cultura y máxima autoridad en el Servicio. Fué siempre, más que el director y profesor, el compañero franco y leal de todos cuantos acudían a su consejo y sabias explicaciones científicas. Jamás oímos salir de sus labios reticencias ni juicios mal intencionados de persona alguna, no toleraba que en su presencia se menospreciara a nadie, y mucho menos a compañeros de profesión. Procuraba que el prestigio del compañero no decayera nunca delante del enfermo, llegando a veces hasta el sacrificio del amor propio.

Por su propio y sólo esfuerzo, sin maestros, porque no los había en nuestra patria en aquella época, llegó a su alta formación científica. Enamorado desde que salió de las aulas —por cierto bien joven y con excelente expediente— del estudio del sistema nervioso, se entregó por completo a esta rama de la Medicina, sobresaliendo tanto ya desde un principio en sus estudios, que a los 27 años de edad, en 1882, la M. Iltre. Administración del Hospital de la Santa Cruz le confirió la dirección del primer Servicio de Enfermedades Nerviosas que ha existido en España, en el cual, en años venideros, había de formar Escuela. Posteriormente fundó también el Servicio de Neurología del Hospital de Nuestra Señora del Sagrado Corazón.

No le había de faltar material para sus estudios y experimentos, pues atraídos por su fama, pasaban anualmente por el mencionado centro un promedio de ochocientos enfermos nuevos, los cuales eran examinados detenidamente por el Prof. BARRAQUER hasta formular diagnóstico preciso y dar, siempre que el caso lo merecía, interesantísimas conferencias clíni-

cas, plenas de maestría, de las cuales salíamos encantados cuantos tuvimos el honor de asistir a ellas. Era en estas conferencias que faltándole muchas veces sujeto para sentar diagnóstico diferencial, se prestaba él mismo a imitar los síntomas patognomónicos de otras lesiones nerviosas confundibles con las del enfermo examinado. Así era maravillosa la imitación que hacía del andar incoordinado de los atáxicos; el avance en semicírculo, arrastrando la punta del pie de la pierna paralítica, de lo hemipléjicos; el temblor de antebrazos y manos y el andar de los parkinsonianos; el temblor senil; el andar en estepage o equino de las parálisis del tibial anterior; en una palabra, daba forma plástica a cualquier cuadro neuropático. Tal era su dominio de la clínica.

No fué nunca avaro de sus conocimientos adquiridos en su larga práctica que iba catalogando y archivando en su inmenso fichero literario y fotográfico, todo lo cual prodigaba luego en gran número de conferencias y publicaciones. Citar todas éstas requeriría una larga lista; para no cansar vuestra atención sólo mencionaré algunos de sus más característicos estudios que traducen su vigorosa y original personalidad: Lipodistrofia céfalotorácica; Atrofia hemilateral generalizada; sus estudios sobre sistema nervioso periférico, principalmente en lo que se refiere a degeneración y regeneración; los magistrales estudios sobre lepra nerviosa; la descripción del reflejo de presión del pie; Atetosis ligada a encefalopatías infantiles; estudio semiológico de la reacción idiomuscular; etc.

Notables y aplaudidos fueron por la crítica todos ellos, pero no me atrevo a juzgarlos por mi cuenta ante el temor de no aquilatar, cual se merecen, las altas enseñanzas que ellos encierran; quiero tan sólo limitarme a la parte íntima llevada a cabo al colaborar modestamente con mis estimados amigos los doctores ALBERTO ROCA y VÍCTOR RAHOLA, a su trabajo de investigación en el Hospital de la Santa Cruz. Era admirable la valoración que daba a datos y signos al parecer insignificantes; aquel *sentido de percepción extraordinaria* que le permitía observar modificaciones mínimas; su originalidad y penetración en el interrogatorio; su exquisita sensibilidad en la apreciación de síntomas ocultos. Era un maestro en la investigación de lesiones periféricas; en electrodiagnóstico; y sus consejos en las transplantaciones tendinosas eran de

una eficacia transcendente. Con su genio impulsó a eminentes cirujanos de su época, entre los que descollaban SALVADOR CARDENAL, ANTONIO RAVENTÓS y ENRIQUE RIBAS, a iniciar la Neurocirugía, siendo con ello un precursor. Sobre lesiones de compresión encefálica publicó precisamente su trabajo póstumo, que ultimó su hijo y discípulo predilecto, el doctor L. BARRAQUER-FERRÉ.

Su fama trascendió fuera de nuestra patria. Sos-tuvo cordiales relaciones científicas y de amistad con eminentes maestros extranjeros. Y para que se vea el aprecio en que se le tenía, permitidme citar una anécdota. Acudieron a CHARCOT dos hermanos afectados de la atrofia que en aquella época describiera el ilustre neurólogo francés, y cuya denominación va asociada al nombre de PIERRE MARIE. Pues bien, el gran maestro francés, al enterarse que procedían de Barcelona y que su médico era el Dr. BARRAQUER, con la encantadora modestia que sólo tienen los grandes hombres, les dijo: «No era preciso que acudieran a mí; en su país tienen un médico que conoce tan bien como yo la enfermedad de ustedes».

Culminó su vida de perfecto caballero, de clínico magistral, de original investigador, de maestro de la Neurología española y de firme católico, con su actividad incansable proseguida hasta los mismos días que precedieron a su breve enfermedad y muerte, como su vida amparada ésta por la flor de la modestia. Ocurrió el 12 de octubre de 1928 en su finca de San Clemente de Llobregat (Barcelona).

Si ilustres profesores han sido galardonados designando ciertas enfermedades o síntomas por sus nombres, también nuestro gran maestro ha tenido el honor, gracias a sus trabajos dominados por un fuerte sabor de originalidad, de que se conozcan la enfermedad de Barraquer o lipodistrofia progresiva, el signo del contraste de Barraquer por abolición del reflejo con exaltación de la reacción idiomuscular, el reflejo de presión del pie de Barraquer, la forma amiotrófica no paralítica de Barraquer de la lepra nerviosa, la máscara anestésica leprosa de Barraquer, la atetosis asociada a las encefalopatías infantiles, forma sintomática de Barraquer, la atrofia hemilateral generalizada de Barraquer, etc.

Esta fué la ejecutoria de nuestro ilustre señor doctor D. LUIS BARRAQUER-ROVIRALTA.

Veniremos su memoria.